

LA CERAMICA EN EL CICLO HUMANO (LA AMPLIA FUNCIONALIDAD DE LA CERAMICA ARAGONESA).

MARÍA ISABEL ALVARO ZAMORA

Es evidente que hoy la cerámica, como muchas de las otras manifestaciones del arte popular, está de moda. La venta y exposiciones de la misma ha ido aumentando cada vez más en los últimos años, si bien es cierto que esto no ha resuelto los muchos problemas que tiene planteados. Toda una problemática a resolver que tiene planteados hechos tales como evitar el cierre de los pocos alfares que aún quedan vivos en Aragón, potenciar su continuidad logrando que tenga nuevos artífices, impulsar otras funcionalidades y formas de venta, difundir más su auténtico valor, y lograr, en fin, tanto el mantenimiento de las formas tradicionales como el nacimiento de otra cerámica nueva y actual, también personal, y acoplada a las necesidades actuales.

En todo caso no busco tratar aquí la problemática de la cerámica aragonesa actual, sino que, por

el contrario, querría subrayar la parte positiva de este «boom» actual y con ella el hecho «peligroso» de que, faltando la funcionalidad antigua que la cerámica tuvo, mucha gente vea en ella un simple objeto de ornamentación. Por eso, en previsión de quien así la entienda, querría recordar, ahora el porqué de su importancia fundamental, debida a que ha sido desde sus inicios compañera del hombre, apareciendo bajo formas y funciones muy diversas a lo largo de todo su ciclo vital.

Querría, pues, que cuando se contemple un objeto cerámico se vea más allá de lo que es una visión superficial, que quedaría irremisiblemente reducida a lo que abarca el ojo, es decir, a la forma, la decoración y su calidad o textura. Pues en la cerámica, como en toda obra humana artística o no, culta o popular, hay algo más. Su

mensaje condensa toda una experimentación de siglos y una inventiva que condujo a su forma definitiva, la más funcional, tras todo un proceso selectivo, y la más acorde con el gusto de la comunidad que la consumió, hasta el punto de que una vez logrados ambos fines, una forma cerámica así creada varía poco, fijándose e identificándose con su «ser», pasando a formar parte de su patrimonio cultural, de sus raíces transmitidas de generación en generación a lo largo del tiempo.

El ciclo vital humano se resume en tres etapas básicas: el nacimiento, la vida —bajo sus múltiples aspectos— y la muerte, y para

todas estas etapas la cerámica ofrece al hombre múltiples funcionalidades, y pese a su fragilidad y aparente pequeñez, ha llegado hasta nosotros resistiendo la temporalidad humana, para hablarnos de un pasado que no debe perderse.

Con el nacimiento y el bautismo encontramos una de las formas más destacadas de la cerámica aragonesa: la pila bautismal. Nuestros centros de cerámica decorada produjeron variados y bellísimos ejemplos, siempre piezas de gran tamaño compuestas de dos elementos, cuenco y tapadera. Su generalización en Aragón arranca del siglo XV, momento en el que aparecen los ejemplos más antiguos de Te-



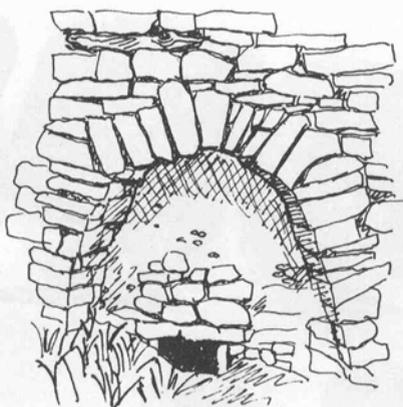
Ollería de Codos (Zaragoza). Pucheros y coberteras (Ricardo Vicente Crespo, ollero). 1977.
M.ª I. Alvaro.



Horno de Uncastillo: vista del frente y boquera cámara de combustión. Se construyó aprovechando el declive natural con la fogaina excavada y la puerta de carga en alto. De bóveda abierta.



Horno de Uncastillo: detalle de la boquera.



**Horno de Uncastillo
(detalle boquera de otro horno)**

M.ª Isabel Alvaro. 1979-80.

ruel, decorados con el característico verde y morado, en los que se une lo gótico y lo mudéjar. En el siglo XVI son sobresalientes las pilas bautismales de reflejo metálico de Muel, que a veces presentan también tonalidades azules y verdes. Los ejemplos se multiplican durante los siglos XVII y XVIII, y en descenso, siguen hasta comienzos del siglo XX. A la obra de los dos centros antes mencionados, se unirá la de Villafeliche, pudiendo ver a lo largo de toda esta producción cerámica, cómo varía su perfil por influjo de la moda, y cómo su ornamentación pasa de mudéjar a europea y barroca, en versiones monocromas (los bellos azules aragoneses) y policromas, acompañándose casi siempre del característico «IHS», que aparecerá en el fondo interior del cuenco, y a menudo también de inscripciones en las que se fecha la pieza, se dice a veces incluso su autor y procedencia, y se señala a menudo la iglesia y localidad a la que perteneció.

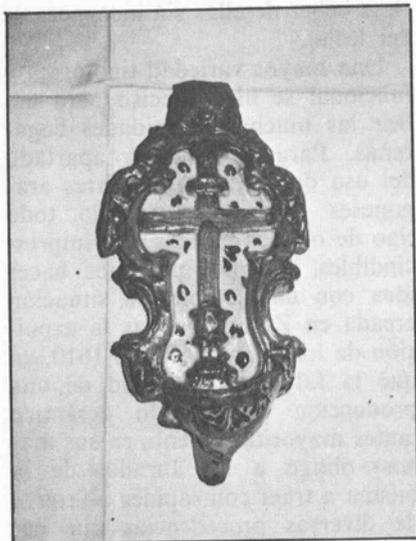
Muel también produjo a lo largo del siglo XVI y parte del XVII jarras con decoraciones en relieve y motivos en azul, verde y reflejo metálico, que como imitación de similares piezas de metal (plata), debieron emplearse quizás como pieza adecuada para echar las aguas del bautismo.

Por otra parte, este mismo alfar tiene documentada durante los siglos XV al XVII una producción de «escudillas de parto», usadas para dar caldo a las recién paridas. Se trata de tazones semiesféricos con asas, que debieron de incluir algún tipo de vertedor que permi-

tiese beber de ellas sin incorporarse del lecho.

Una mayor variedad tipológica y funcional se hizo preciso para cubrir las muchas necesidades hogareñas. Para el concreto apartado del uso doméstico, los alfares aragoneses han proporcionado todo tipo de objetos básicos, tan imprescindibles, que nos podemos hacer idea con un ejemplo: la situación creada en Zaragoza, tras la expulsión de los moriscos en el 1610, en que la falta en la ciudad de una producción y mercado cerámico (antes mayoritariamente en sus manos) obligó a los Jurados de la misma a traer con rapidez alfareros de diversas procedencias que cubriesen las acuciantes necesidades mínimas. Un aspecto de la funcionalidad doméstica vendría cubierto por las llamadas «catarerías de mano» o «tinajerías», si nos atenemos a una de sus producciones más importantes y llamativas. Así centros como Calanda, Foz, Cabra de Mora, Gea de Albarracín o Cantavieja, en Teruel, o Sestrica, Illueca y Jarque, en Zaragoza, y Sarsamarcuello, Abiego, Cuatro-Corz y La Puebla de Castro, en Huesca, abastecerían a sus respectivos mercados de toda clase de tinajas y tinajones, y cocios o cuezos (también coladores y cuencos), piezas todas empleadas para la conservación y almacenamiento de agua, vino y otros alimentos, así como para el lavado.

Para el acarreo del agua, indispensable para el uso diario, la alfarería aragonesa ha dado todo tipo de cántaros. Encontramos desde los manuales (así, los de Calanda, Ses-



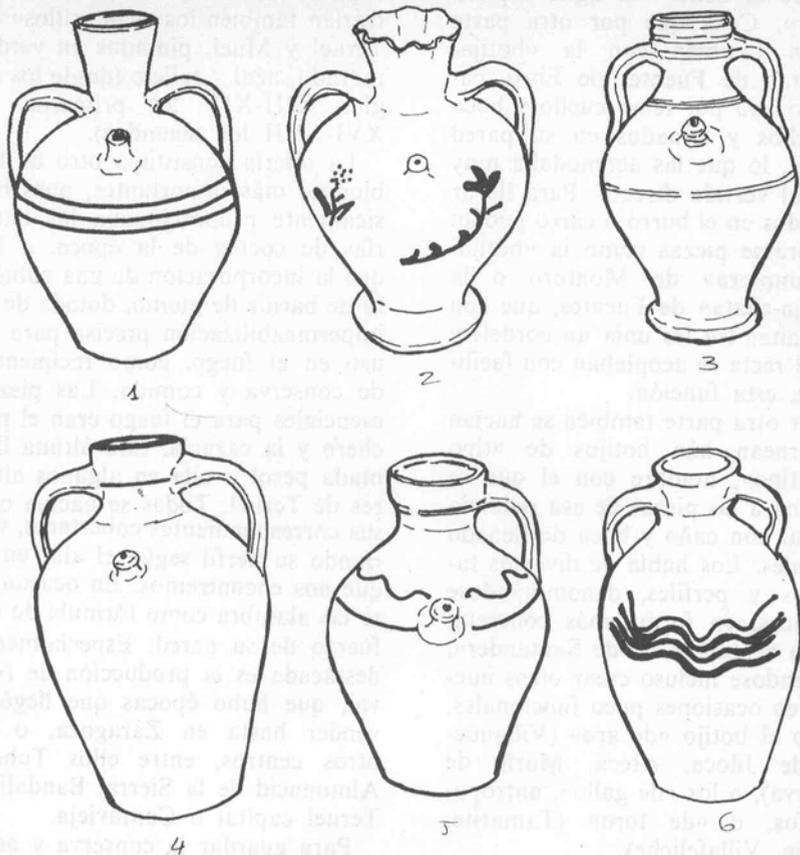
Pinilla benditera de Teruel. Siglo XVIII.
1978. M.^a I. Alvaro.

trica o Abiego) a los de torno, cuya funcionalidad repercute a veces en su forma, pudiendo ser alargados y fácilmente adaptables al hueco entre el brazo y la cadera de quien los transporta (Huesa del Común), o más panzudos (como los de Torrijas o las cantarerías oscenses), lisos (como los de Fuentes de Ebro), con recuerdos ibéricos en su decoración pintada a pincel-peine (los de Huesa del Común y Tronchón), con molduras torneadas (los más antiguos de Fraga) u ornamentación de trazos vidriados (los de Cantavieja), con motivos pintados que fueron fundamentalmente «marcas» diferenciadoras del tamaño de la pieza (los de Huesca, Tamarite, Fraga, Ejea, Uncastillo, etc.), o incluso con las iniciales del nombre del alfarero y del centro

productor (los de Sos del Rey Católico).

Dentro de parecida variedad distintiva se han hecho todo tipo de botijos, forma que al incorporar un caño vertedor permitía no sólo el transporte y contenido del agua, sino también su bebida directa. Por otra parte, la cualidad fundamental del barro, su porosidad, mantenida en la cantarería al no vidriar su pared, proporcionaba a esta pieza una ventaja esencial: la de la conservación fresca del líquido, en ese grado exacto que el frigorífico nunca podrá dar. Mencionando tan sólo algún ejemplo, es preciso subrayar que la forma típica del botijo aragonés, es el llamado rallo, rajo o botija de reja, o a veces simplemente botijo, caracterizado por asemejarse al cántaro, si bien en forma algo más estilizada y pequeña, presentando «rallo» o cierre agujerado en su boca. Lleva casi siempre vertedor, con una o dos asas. Este tipo de producción fue la más importante de centros como Magallón, hasta tal punto que sus obradores se conocían como la «rallería», haciéndose en diversas versiones en prácticamente todas las canterías de torno aragonesas, e incluso imitándose en algunas levantinas, como es el caso de Agost (Alicante), donde los hacían ex profeso para venderlos en los mercados de Aragón, en competencia con los rallo locales.

Los botijos podían ser también «de siega», es decir, para llevar al campo, como el «ginebro» o la «calabacica» de Fuentes de Ebro, cuya boca estrecha podía taparse fácilmente, o el «botejón» con reji-



Algunos modelos del botijo aragonés con «rallo» en la boca. 1: «Barral de mont», de Fraga; 2: Boteja «de ramo y pie», de Tamarite; 3: «Rallo de cordón» selecto, de Magallón; 4: Rallo de Fuentes de Ebro; 5: Rajo de Uncastillo; 6: Rallo de Huesa del Común.

—Barral, boteja, rallo, rajo—

M.^a Isabel Alvaro. 1979-80.

lla de La Almolda, al que los pastores ponían un tomillo entre el ralo y borde de la boca, con el fin de que al beber «al agua supiera mejor». Cosa que por otra parte hacían también con la «botija-pastora» de Fuentes de Ebro, caracterizada por tener cuello y boca estrechos y situados en su pared lateral, lo que las acomodaba muy bien al vertido directo. Para llevar colgados en el burro o carro podían comprarse piezas como la «botija-cantimplora» de Montoro o la «botija-chata» de Fuentes, que con asas altas (se les unía un cordel) y pared recta se acoplaban con facilidad a esta función.

Por otra parte también se hacían y tornean aún botijos de «tipo levantino», nombre con el que se designa a las piezas de asa redonda y alta, con caño y boca de llenado laterales. Los había de diversos tamaños y perfiles, denominándose entonces, en forma más concreta, botijo «catalán» o «de Santander», pudiéndose incluso crear otros nuevos, en ocasiones poco funcionales, como el botijo «de aro» (Villanueva de Jiloca, Ateca, María de Huerva), o los «de gallo», antropomorfos, o «de toro» (Tamarite, María, Villafeliche).

Para el agua en la mesa, y a la vez como adorno, se hacían botijos más pequeños, como el «barral bonito» de Fraga, llamado también «de novia», por llevarlo en su ajuar la recién casada, con repié muy moldurado y boca ondulada. Este podía tener varios caños muy adornados (o «carchofas»), de engaño (pues, por lo general, tan sólo uno de ellos es vertedor), tal como su-

cedía en piezas similares, como el «castillo» de Magallón, o la «botija de picos» de La Almolda. En este capítulo del botijo ornamental entrarían también los «cantarillos» de Teruel y Muel, pintados en verde-morado, azul y reflejo (desde los siglos XIII-XIV los primeros, al XVI-XVII los segundos).

La ollería constituyó otro de los bloques más importantes, pues básicamente proporcionaba las baterías de cocina de la época, a las que la incorporación de una cubierta de barniz de plomo, dotada de la impermeabilización precisa para su uso en el fuego, como recipientes de conserva y comida. Las piezas esenciales para el fuego eran el puchero y la cazuela, esta última llamada perol u olla en algunos alfares de Teruel. Todas se hacían con sus correspondientes coberteras, variando su perfil según el alar en el que nos encontremos. En ocasiones se las alambra como fórmula de refuerzo de su pared. Especialmente destacada es la producción de Naval, que hubo épocas que llegó a vender hasta en Zaragoza, o de otros centros, entre ellos Tobed, Almonacid de la Sierra, Bandaliés, Teruel capital o Cantavieja.

Para guardar la conserva y adobo se hacían estas mismas piezas en tamaños muy grandes, con boca ancha y dos, tres o más asas (a veces se les llamaba ollas u orzas), entre las cuales son especialmente bellos los ejemplares de Naval y Bandaliés, por sus complejas decoraciones, a base de «cordones», incisiones y motivos decorativos pintados.

Pero además, las ollerías ofre-

rían un sinnúmero de piezas de uso doméstico, desde los platos, fuentes, jarros y jarras, a los terrizos (así los de Lumpiaque), aceiteras (bellísimas las de Cantavieja, Alcorisa, Montoro o Jaca y Biescas), morteros, chocolateras, anafres e incluso hasta envasadores o hueveras (así Benabarre y Daroca contaban con un surtido increíblemente variado). Piezas, pues, de vajilla que tuvieron su equivalente «festivo y de domingo» (en versiones más o menos corrientes) en la cerámica decorada. Aquí su cubierta de barniz de estaño, unía a la impermeabilización del plomo (otro de sus componentes) la coloración blanca del estaño, sobre la cual destacaban muy bien sus decoraciones.

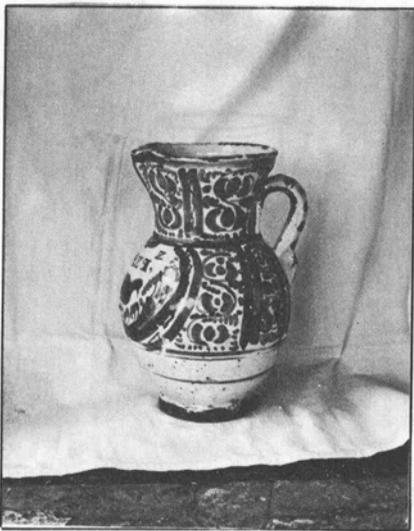
Otro capítulo lo constituían las piezas que proporcionaban algún tipo de calor. Así las botellas de agua o «caloríferos» (de Lumpiaque, Alpartir), empleados para la cama. O los «anafres» u hornillos que, conteniendo brasas, permitían mantener el calor del puchero u otro recipiente que se les colocara encima (Benabarre), o incluso las «rejillas», que a modo de braseros portátiles, llevaban en invierno los niños a la escuela (Rubielos de Mora).

En algunos alfares se hicieron piezas medidoras de capacidad, como los jarros de un litro, torneados en Bandaliés, que se hacían muy exactos, que servían como medida del vino que se les daba diariamente a los pastores (con el pan era el pago diario). Los jarros «cuartillos» de Teruel marcaban la medida que su nombre indica, o el cántaro de «boca ancha o de vino»,

sin vidriar, de Rubielos de Mora, servía para la venta de este producto en las áreas vinícolas.

Para el uso higiénico se adquirían orinales y titos altos, que no sólo se produjeron vidriados con barniz de plomo (en las ollerías), sino incluso muy decorados, como sucede con los procedentes de Teruel de los siglos XVI al XVIII.

Para la matacía hubo gran variedad de terrizos mondongueros, que llegaron a ser grandísimos y sin vidriar (los manuales de Sarsamarcuello), vidriados con plomo (los de Lumpiaque o Cantavieja), o incluso decorados con reflejo metálico, del que el ejemplo más excepcional es la terriza que se conserva en la Walters Art Gallery de Baltimore, hecha en Muel en 1603, con inscripción con el nombre de su dueña, alfarero y uso.



Jarra de Villafeliche. Siglo XVIII. 1978.
M.^a I. Alvaro.



1



2



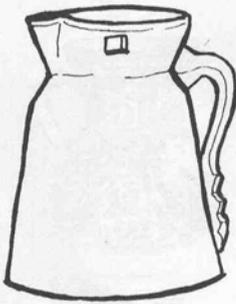
3



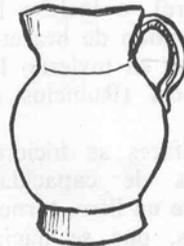
4



5



6



7

Algunos perfiles de jarras y jarros. 1: Muel. 2, 3 y 4: Naval, pinchelas y jarro redondo. 5: Jarro de Bandaliés. 6: Jarro o cuartillo de Teruel (ollería). 7: Jarro de Almonacid de la Sierra.

M.ª Isabel Alvaro. 1979-80.

Para la casa también fue importante el adorno, que la cerámica podía proporcionar tanto con la exhibición de la espontánea y alegre belleza de sus piezas (desde las colocadas en estantes o alacenas, a las tinajas metidas en huecos a propósito, etc.), como en ocasiones haciéndolas con el único fin del adorno, como las «perdices» hechas en Muel a lo largo del siglo XIX.

Todas estas cerámicas, de formas y usos diversos, podían ser además portadoras de un «mensaje», que según el artífice, época o a quien se dirigió, podía variar. Así lo encontramos en algunas inscripciones cúficas, legibles, que aparecen en la producción aragonesa mudéjar, como en platos de Calatayud (fin XIV-XV), donde puede todavía leerse la repetición de la voz «Allah», o en cuencos turolenses, en los que únicamente encontramos la frase «el poder es de Dios» (s. XV), mensaje musulmán que contrasta con el «Ave María Gratia Plena» de otras de Teruel o Muel (s. XV y XVI).

Entrando en otro apartado, el de la cerámica como expresión de la devoción religiosa doméstica (enlazaría con el exterior), podrían incluirse las «pilillas benditeras», presentes en los dormitorios de tantas casas y usadas para la oración diaria, en las que junto al cuenco para el agua bendita aparecía pintada y en relieve la imagen de Cristo en la Cruz, la Virgen, la Deesis o algún Santo (así en Muel, Teruel y Villafeliche). En la misma línea se hicieron «placas religiosas», con un tema de devoción, desde la pasión al santo local.



Arrimadero de azulejería de Muel (1747). En la ermita de la Virgen del Castillo, en Fuendejalón (Zaragoza). 1979. M.ª I. Alvaro.

Para el ajuar religioso de la iglesia se encargaban desde pilas de agua bendita a los lavatorios de sacristía, de los que excepcionales ejemplos son los realizados en Sestrica y área zaragozana de las canterías manuales entre los siglos XVII y XVIII, con fuertes pervivencias medievales mudéjares. Entre los frontales de altar de azulejería sobresale el hecho en Muel, para su parroquial, dedicado a las santas patronas de los alfareros: Santas Justa y Rufina (s. XVIII), o las azulejerías con imágenes, devoción que se colocaban en las calles y capillas de las iglesias (se conservan en el propio Muel y Cariñena, o las hay en capillas como la de San Miguel, de la iglesia de San Pa-

blo de Zaragoza). Para las Cofradías se hacían grandes jarras y vajillas enteras (las hay de Muel y Teruel, y en ollería destaca el conjunto de la Cofradía de Grasa, en el Museo del Serrablo), o también vajillas para las ermitas, empleadas para comer los que iban a las romerías anuales (de Naval hay, con escurrideras, pichelas, horteras y platos).

Para los conventos se hicieron vajillas de encargo, con el nombre de la orden religiosa, y para los hospitales, platos y orinales numerados, que correspondían a cada cama. Para las farmacias hubo morteros y ajuares completos de tarros (albarellos) y orzas, como los de la Farmacia del Castillo de Monzón hechos en Muel a comienzos del siglo XVII (se guardan en el Museo de Cerámica de Barcelona).

Se fabrican incluso escribanías (así en Muel) e incluso secantes (los de Benabarre), que competían con otros en metal.

Los niños tuvieron una «juguetería» a propósito, que incorporaba la imitación en pequeño de las vajillas domésticas, hasta figuras y belenes, y, sobre todo, silbatos (los pitos, richiñoles o rosiñoles) que llenos de agua producían al soplar sonido agudo, parecido al de un pájaro. Con ellos se lograba un juego bullicioso, que era acompañamiento de las procesiones del Corpus.

Para la construcción, los alfares proporcionaron tejas, suelos, tanto sencillos (los bizcochados o vidriados en Valbona) a los muy decorados, arrimaderos, que impedían el

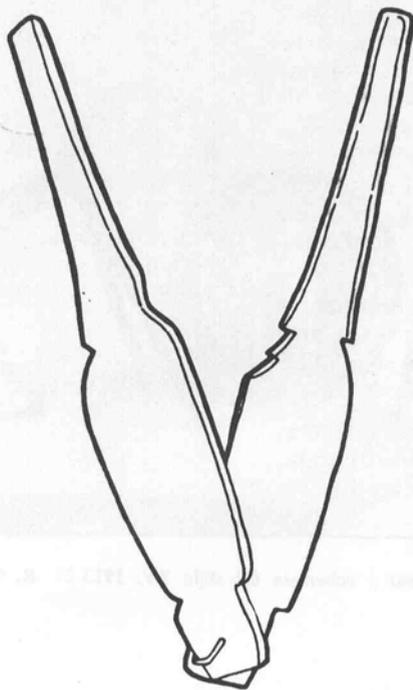
desgaste de la pared, frisos ornamentales para los exteriores, o toda la belleza decoración de las torres mudéjares, perfectamente hermanada con el ladrillo y el entorno, a base de discos, columnillas, flechas, estrellas, etc. (de toda esta producción se trabajó en Teruel, Muel, Calatayud, María de Huerva, Cadrete, etc.).

Para la última parte del ciclo humano, la muerte, la cerámica también creó piezas concretas. Así se emplearon «platos para la unción», que se usaban generalmente pequeños y no estrenados, y una vez usados, por respeto, se echaban en pozos a propósito en iglesias y cementerios. Otros recipientes, platos o escudillas por lo general, se colocaban con sal sobre el cuerpo de los enterrados, con la pretensión de una más larga conservación del cadáver (así se han encontrado en la iglesia de San Pablo de Zaragoza). Y finalmente, las lápidas y cruces funerarias realizadas durante los siglos XIX y parte del XX, fueron recordatorio del que se había ido. Las de Teruel y Muel guardan a veces un sinfín de detalles anecdóticos, con ingenuos dibujos del fallecido, en tanto que las realizadas en la ollería de Alpartir son expresión de la destreza técnica a la que llegaron sus olleros de última época.

Toda esta actividad es el justificante de la existencia e importancia de la cerámica y, a su vez, la razón que nos obliga a valorarla hoy en su justa medida. Valor que, como ya dije, emana de toda la investigación técnica que hay tras de cada pieza, de todo el proceso de selec-

ción que llevó a encontrar su más acorde funcionalidad, y de toda la belleza de que es capaz su forma y decoración, desde la más compleja a la más simple. La cerámica nos

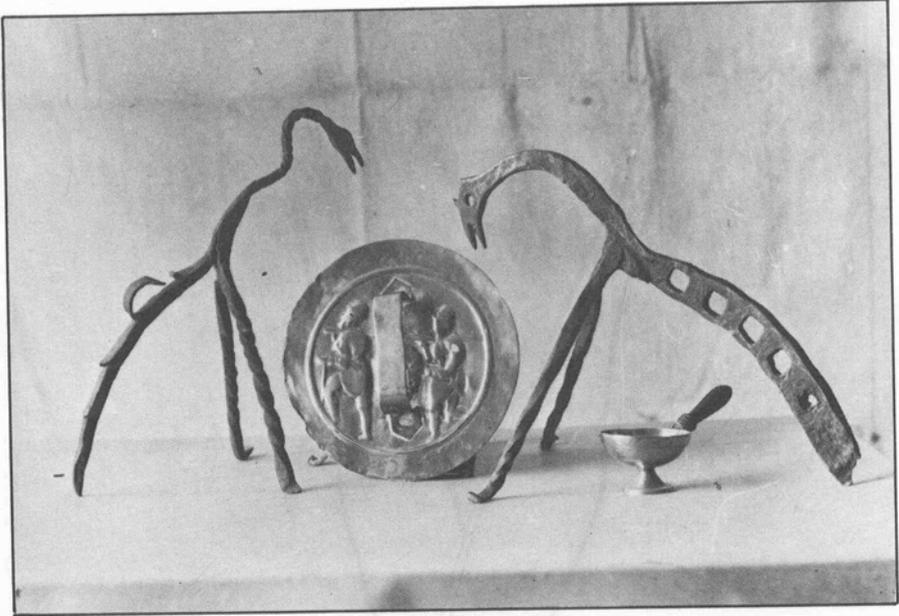
muestra la importancia de lo pequeño, la grandeza de lo cotidiano y la urgente necesidad de defender nuestras raíces, toda esa herencia que no se puede olvidar.



Cañardo. Tenaza de madera para sacar la cera. 1975. J. Gavín.

estas la importancia de lo que
durante la granada de lo cotidiano
y la urgente necesidad de detener
nuestros pasos, toda esa conciencia
que no se puede olvidar.

que por haber a encontrar en una
granada, sencillez y de toda la
bellura de que es capaz su forma. Y
de nuevo, desde la más completa
de la más simple. La calma nos



Ansó. Burros de asar y copertera del siglo XV. 1923-27. R. Comparé.